

Detrás de una Cumbre, una institución. Detrás de una institución, una palabra.

En mi primer discurso como Secretaria General Iberoamericana, en Veracruz hace casi ocho años, dije que “las lenguas no son solamente instrumentales, contienen visiones de mundo, sentimientos, valores y aspiraciones”. Este número de *Pensamiento Iberoamericano* coincide con la celebración del Trigésimo Aniversario de las Cumbres Iberoamericanas, un hito muy especial. Pero al igual que en ese primer discurso, la realidad es que estamos ante un hecho mayor. Como la lengua, esta celebración trasciende su enunciado. Esta celebración va de muchas cosas más que solo los treinta años desde la primera Cumbre.

Aprovechando la distancia de los años, y la posición de exsecretaria general, quisiera en este texto ensayar una respuesta, testificar ese ‘más-allá’ que estos treinta años representan. Después de mucha reflexión y muchos intentos, he llegado a esta fórmula: detrás de una Cumbre una institución, detrás de una institución, una palabra. Permítanme explicarme.

No recuerdo quién dijo que filosofar no es otra cosa que aprender a llamar a las cosas por su nombre. La idea es antigua, pero su conclusión es sabia. Cada cosa, desde la abstracción más pura hasta el sentimiento más íntimo, tiene su nombre.

Después de más de siete años en la SEGIB, entendí que esta institución tenía como mayor encargo el custodiar una palabra: Iberoamérica. Recién llegada a Madrid en 2014, decía otras cosas. Hablaba de la SEGIB como espacio de cooperación, de encuentro y diálogo político —no solo entre jefes y jefas de Estado y de Gobierno, sino también entre diversos sectores sociales y económicos— de trabajo concreto por fines concretos. Todos estos conceptos son importantes, pero insuficientes.

Son descripciones de lo que Iberoamérica hace, no de lo que Iberoamérica es.

En rigor, Iberoamérica es en parte sin duda el documento que presidentes, ministros, académicos, líderes de multilaterales y la sociedad civil firman en nuestras Cumbres y lo que sucede en las diversas reuniones oficiales. Pero Iberoamérica es más que eso, porque Iberoamérica es algo que sucede aun en aquellos que no leyeron la noticia, que no siguen el calendario oficial, que incluso desconocen la palabra. Iberoamérica es un hecho cotidiano, inusitado, transfronterizo. Atreviéndome a una definición abierta, Iberoamérica es esa espontánea y extraña sensación que consiste en sentirse en casa muy lejos del hogar.

Dicha sensación es tan vieja como la historia de nuestra región, tan extensa como nuestra geografía. Si García Lorca dice que “el español que no conoce América, no sabe lo que es España”, entonces Iberoamérica es aquello que prosigue el entendimiento. Algo similar diría, ya al otro lado del charco, casi la totalidad de la generación del *boom* literario latinoamericano, que fue al venir a Europa que surgió como fenómeno coherente y unido, y que en palabras de Roberto Bolaño diría: “A mí lo mismo me da que digan que soy chileno, aunque algunos colegas chilenos prefieran verme como mexicano, o que digan que soy mexicano, aunque algunos colegas mexicanos prefieren considerarme español... e incluso lo mismo me da que me consideren español, aunque algunos colegas españoles... a partir de ahora digan que soy venezolano... Lo cierto es que soy chileno y también soy muchas otras cosas”. Iberoamérica es esa identidad donde caben todas esas ‘otras cosas’ de Bolaño, todo ese ‘no saber qué somos’ de García Lorca, ese “mar... especie de céu líquido, também sem fim” del que hablaba Rachel de Queiroz, ese reconocimiento de

que ni América Latina ni la Península Ibérica se sostienen o se entienden por sí solas.

Pero no hace falta siquiera recurrir a tales entelequias. Iberoamérica es más inmediata en la papa andina que protagoniza la marmita cántabra, la *saudade* portuguesa que habita en la *bossa nova* carioca, el pasodoble que infunde la danza caribeña, las plazas mayores que configuran hasta la más chica de nuestras ciudades, los hábitos de domingo que son tan parecidos en São Paulo, Caracas, Zaragoza o Panamá. Iberoamérica siempre ha estado ahí aún cuando desconocíamos su nombre. Es el mestizaje del que nacimos, la tendencia a compartir destinos aun sin darnos cuenta.

En un mundo cada vez más complejo y menos dado a andar solo, es un despropósito que nos falte esta entrada en el vocablo. Porque no basta decir que nos parecemos: hay que afirmarlo en todas sus letras. Ya que, a pesar de todos los vaivenes políticos, de todos los altiplanos económicos, de todas las complejidades históricas que nos definen, Iberoamérica sigue siendo una hermandad fácil y posible, una casa que no requiere traducciones. Todos los que hemos hecho posible que esta institución crezca a través de los años, que continúen siempre los encuentros, los proyectos y los diálogos, nos hemos animado por esa realización, ese sentimiento.

Y de eso, en mi opinión, va la efeméride de este Trigésimo Aniversario las Cumbres Iberoamericanas. Hace treinta años, poblamos un espacio, pero el espacio estaba ahí porque ya existía, construido por la gente, no lo inventamos nosotros; hace treinta años validamos y profundizamos unas relaciones que ya existían, y dimos nombre a un complejo sentimiento que difícil de verbalizar nos había acompañado siempre, pero que verbalizado adquiriría todavía más sentido. Unidos en la diversidad dijimos, diferentemente iguales propusimos, porque la identidad de parecernos en la diversidad existe: se llama Iberoamérica. Festejemos sus años y sus letras.

Rebeca Grynspar

Secretaria General UNCTAD

Secretaria General Iberoamericana (2014-2021)